

LA LECTURA Y LA ESCRITURA EN LA AVENTURA DE LA VIDA

Jesús Ferrero nos habla de la influencia de sus lecturas en su formación

TEXTO JESÚS FERRERO FOTOS ARCHIVO / MARTA CALVO

El escritor es, ante todo, un lector. Imposible afirmar quién es el autor de esta frase, repetida y reformulada por tantos escritores que han reivindicado la lectura como su primer oficio, como su verdadera pasión. Decía Borges que estaba más orgulloso de lo que había leído que de lo que había escrito; suena a *boutade* y puede que, en cierta medida, lo sea, pero en sus palabras se aprecia la profunda convicción de que la escritura nunca se entiende sin la lectura, de que el escritor es en gran parte aquello que sus lecturas han hecho de él, tal y como recordaba Julio Ramón Ribeyro. "Biblioteca de escritores", el volumen editado por Ana Rodríguez Fisher y María José Rodríguez Mosquera y publicado por la Universidad de Barcelona, es un libro en torno a la relación entre los escritores y sus libros, entre los escritores y las bibliotecas que a lo largo de años y de lecturas fueron construyendo. Decía Walter Benjamin que desembalar tu propia biblioteca es una forma de escribir tu vida, de reconstruirla. En este libro, una serie de autores desembala las bibliotecas de escritores como Cervantes, Galdós, Ortega y Gasset, García Lorca, Alejo Carpentier o Fernando Aramburu. En *Librújula*, publicamos la pieza que abre este volumen, un texto firmado por Jesús Ferrero en el que el escritor reflexiona sobre cómo la lectura y la escritura son dos de las tareas fundamentales de todo escritor.

Leer y escribir forman una unidad dialéctica de carácter indivisible. Son las dos tareas fundamentales y fundacionales del "espíritu". A esa unidad habría que añadir un tercer elemento, que fue muy definitivo en las culturas anteriores a la escritura: escuchar. Escuchar los relatos del otro para más tarde poder contarlos con la misma pericia y el mismo ardor.

A partir de Machado y los existencialistas, emerge un cuarto elemento muy digno de consideración: escucharse a sí mismo y, en consecuencia, hablar con uno mismo, pues quien habla solo hablará con el Gran Otro un día. Dicho de otra manera: escucharse y hablar con uno mismo para poder abordar la otredad, toda forma de otredad: la otredad ordinaria representada por los demás, la otredad excesiva representada por la vastedad del mundo y del universo.

El primer acceso al lenguaje, el primordial y más definitivo, lo llevamos a cabo escuchando a los demás. Nuestros primeros relatos son orales. En la

infancia todos somos como "buenos salvajes" que aún no han entrado en las culturas de la escritura. Diríase que cualquier vida va reproduciendo en sí misma toda la historia de la humanidad, desde los primeros balbuceos del ser hasta las formas más elaboradas de expresión y comunicación.

Yo pasé buena parte de mi infancia entregándome a la literatura gráfica y cinematográfica, dos formas de narratividad que nos conducen a las cuevas de Altamira y Lascaux: aquellas pinturas eran también literatura gráfica, que por efecto de la luz de las antorchas podía convertirse en narrativa cinematográfica. Quiero con ello decir que durante toda mi infancia y parte de la adolescencia fui un hombre primitivo, y mis compañeros no iban mucho más lejos: éramos una tribu paleolítica consumiendo historias de cazadores y bisontes tanto en nuestras casas como en las salas de cine.

Pero pasé enseguida a la literatura culta cuando encontré en la biblioteca de mi padre la novela de Jean-Paul



Sartre *La náusea*. Me acerqué a ella por su título. Me desconcertaba que un libro pudiese tener un título tan nauseabundo, acostumbrado, como estaba, a otros más sugestivos y heroicos: *Flash Gordon*, *El príncipe Valiente*, *El último mohicano*, *Rebelión a bordo* o *Los siete samuráis*, que tenían algo que ver con *Los siete contra Tebas*, pero con mucha menos literatura y bastante más acción. *La náusea* me ubicó plenamente en la literatura moderna y ya nunca más me acerqué a la narrativa juvenil. Fue como un bautismo con agua ácida y corrosiva. La ciudad por la que deambulaban los personajes de *La náusea* me envolvía completamente: aquel bulevar negro, aquellos cafés tristes y sombríos, aquella biblioteca en la que conversaban el protagonista y el autodidacta, los recuerdos del narrador referidos a Berlín, a París y a otras ciudades que tanto deseaba conocer... Fue como pasar de una pradera llena de búfalos a la soledad moderna desplegándose en una ciudad tan real como simbólica.

Del existencialismo europeo, salté a la generación Beat, que no dejaba de ser una especie de existen-

cialismo al estilo americano. Los poetas y narradores de esa generación me condujeron de una manera todavía más intensa a la modernidad. Al abordar sus novelas y poemas, me daba la impresión de que todas mis lecturas anteriores, en lugar de mostrarme el mundo, me lo habían ocultado. Desde esa perspectiva, tanto el existencialismo europeo como el americano tuvieron para mí las características de una revelación. Cambiaron mi visión del mundo, pero también cambiaron mi vida, ya que tras leer *En el camino* de Jack Kerouac dejé la universidad y me convertí en un trotamundos como los personajes de la novela.

Recorrí buena parte de Europa haciendo trabajos eventuales y más tarde me marché a América. Montreal fue la primera ciudad americana que conocí. Llegué un día de lluvias torrenciales y me refugié en una comuna *hippy* que vivía en un apartamento de la rue Duvard, en el corazón del Montreal francés. Los cambios de clima y de espacio consiguieron que me pusiese enfermo: un

virus de verano se apoderó de mi cuerpo y permanecí postrado en la cama más de cinco días, sudando y maldiciendo mi destino. Fue entonces cuando leí la novela *Bajo el volcán*, de Malcolm Lowry. Otra gran revelación literaria de aquel entonces. *Bajo el volcán* me sumió en la gran tragedia del siglo xx. Su protagonista, perdido en las tascas de Cuernavaca, también era un vagabundo como los *beatniks*, pero un vagabundo trágico. El infierno contemporáneo ardía con todo su esplendor en las páginas ardientes, definitivas, envolventes de *Bajo el volcán*, novela que sitúo por encima del *Ulises* de Joyce y muy por encima de *Viaje al fin de la noche* de Céline. La grandeza trágica de los personajes de Lowry es admirable, y admirables sus monólogos interiores, llenos de veneno, de rabia, de humanidad recalcitrante, de desgracia y de culpa. La novela representa la pérdida del paraíso, es decir, la caída en una noche personal que no parece tener salida, o cuya única salida es la muerte en una noche sin aurora, junto a una barranca a las afueras de Cuernavaca. Pero a la vez es una novela esperanzadora, justamente porque no oculta el mal, porque lo asimila en sus vísceras retorcidas y le da una salida final a través de una evocación del paraíso.

Cuando concluí la lectura de la novela, me sentí como nuevo, la fiebre se me había pasado y salí a recorrer la ciudad como un resucitado.

Sí, la muerte del protagonista de *Bajo el volcán* había propiciado en mí una especie de resurrección. La catarsis de los antiguos se había llevado a cabo en mí a través de una novela rigurosamente moderna y rigurosamente trágica.



Llevaba unos tres meses en América cuando me sentí desenraizado y perdido y decidí regresar a Europa. La falta de fundamentos de la cultura americana me obligó a buscar los cimientos de nuestra cultura, y recuerdo que empecé a sumergirme en la literatura sumeria, que me pareció fascinante (sobre todo el viaje al infierno de la diosa Inanna), y acto seguido pasé a ocuparme de la literatura y el pensamiento griegos.

Buscaba las raíces de Occidente, regresé a la universidad y me matriculé en una escuela de ciencias humanas muy exigente: la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, donde pasé años muy luminosos de mi juventud leyendo a los clásicos griegos, a la vez que frecuentaba a los clásicos modernos: a Eliot, a Auden, a Fitzgerald, a Celan, a Proust, y a escritores más recientes como Violette Leduc, Marguerite Duras, Patrick Modiano, Georges Perec...

Era como vivir en dos espacios a la vez: la Antigüedad clásica y la modernidad. En mi mente conformaban una rara unidad, que me obligaba a ver todo lo que había de moderno en los antiguos y todo lo que hay de antiguo en los modernos. Fue en esa época cuando abordé de verdad la experiencia de la escritura (tras algunos intentos toscamente juveniles), primero a través de mi tesina sobre Platón (que fue mi primer texto en francés de cierta extensión) y luego a través de mi primera novela, que se nutría por igual de clasicismo y modernidad. Desde entonces no he hecho otra cosa que ahondar en esa dialéctica que menté al principio: leer y escribir como fenómenos complementarios de un mismo sistema; leer y escribir como ventanas abiertas a las dimensiones más reveladoras de la vida. ●

